

Jaime Valdivieso B.

*Identidad, latinoamericanismo
y bicentenario*



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

PRÓLOGO	
<i>Marcos García de la Huerta</i>	13
PALABRAS PRELIMINARES	21
INTRODUCCIÓN	23
I. OCUPACIONES CHILENAS	25
1. Origen de nuestra falta de identidad	27
<i>La identidad: una experiencia existencial</i>	38
<i>Identidad y globalización</i>	41
2. <i>La Araucana</i> : un camino incumplido	45
3. La poesía mapuche como resistencia	49
<i>Contexto socio cultural</i>	49
<i>La tradición oral</i>	50
<i>Escritura y poesía actual</i>	50
<i>Los precursores</i>	51
4. Refundar Chile: el legado mapuche	57
5. Gabriela Mistral: hija de árbol y de india	71
<i>Contorno social y geográfico</i>	71
6. Neruda: maestro de la oscuridad y la luz	85
<i>Introducción</i>	85
<i>La voz de la tierra</i>	89
<i>Un libro misterioso y los pájaros de Chile</i>	91
<i>La Vega Central y el descubrimiento</i>	
<i>de la dimensión social y original del hombre chileno y americano</i>	93
<i>Su lectura de Chile y el pasado literario</i>	97

II. OCUPACIONES LATINOAMERICANAS

7. Legado chileno y latinoamericano de Mariano Picón Salas	101
<i>Imágenes de Chile. Intuición de Chile: dos obras sobre nuestro país</i>	102
<i>Intuición de Chile y una anécdota emblemática</i>	104
<i>Su obra de plena madurez: De la Conquista a la Independencia</i>	105
8. José María Arguedas: comunidades campesinas y su aporte antropológico	107
9. La herencia de José Ortega y Gasset: un camino para la reflexión latinoamericana	113
10. Jorge Luis Borges: El mestizaje cultural de Borges y los juegos de la imaginación	119
<i>El Aleph</i>	122
<i>El sur</i>	123
11. Alejandro von Humboldt, primer latinoamericanista	127
12. Literatura e historia: <i>El Quijote</i> para un escritor latinoamericano de hoy	131
13. Ricardo Latcham: Chile y América Latina desde su sangre	139
14. William Faulkner, Marcel Proust y su desconocida importancia en la literatura latinoamericana	143
<i>El descenso órfico</i>	146
15. El mito de Sísifo y su sentido en América Latina	151
<i>Mitos y utopías latinoamericanos</i>	151
<i>El mito de Sísifo: Simón Bolívar, José Martí y Fidel Castro</i>	153
<i>Los mitos degradados: Lautaro y La Araucana</i>	155
16. Arte e integración latinoamericana	159
LIBROS CONSULTADOS	164
REFERENCIAS	172

PRÓLOGO

Marcos García de la Huerta

El problema de la identidad o, como se suele también llamar, de la *diferencia* latinoamericana se viene planteando desde los comienzos republicanos. ¿Cuál sería la especificidad de nuestra cultura si posee alguna? ¿Hasta qué punto pertenecemos a la civilización occidental? En su *Choque de civilizaciones*, Huntington no nos incluye en ella. Pero Hegel mismo, en sus reflexiones sobre el Nuevo Mundo, hace al pasar una curiosa observación: el Istmo de Panamá es “demasiado delgado” como juntura entre las dos Américas; y de allí concluye una inevitable confrontación entre ambas. ¿Cómo no? América es aún “demasiado geográfica”.

En este libro, Jaime Valdivieso enfatiza el problema de la identidad en relación a la exclusión de lo aborigen y mestizo en la cultura mayoritaria o dominante, un asunto que se ha planteado desde el origen mismo de las repúblicas. En la *Carta de Jamaica* Bolívar lo pone en términos de la pertenencia: no somos ni europeos ni indios, escribe, “Somos un pequeño género humano aparte”. Lo decía en castellano, él, que quería fundar repúblicas, un invento griego, después de todo, redescubierto en Italia antes de irrumpir en Francia. Para remate, la integración conseguida en los Estados de Norteamérica, era el modelo.

La cuestión de la identidad surge por lo general, de una parte que reclama su parte, una comunidad lingüística, una nación o una etnia ignorada o marginada por la cultura mayoritaria o dominante: sean los catalanes y vascos en España, los irlandeses en el Reino Unido, los quebequeses en Canadá o las minorías étnicas en casi todo el mundo, el reclamo identitario se asocia con la autoafirmación y la demanda de reconocimiento del grupo en desventaja.

Jaime Valdivieso señala que el carácter señorial de las sociedades fundadas en esta América ha incidido poderosamente en su historia y ha conspirado contra el desarrollo de una burguesía nacional. Hemos combatido en nosotros al “señor” tanto como al “indio” y al “mestizo”, aunque de otra manera, claro está ¿Cómo no se nos va a plantear la pregunta ‘*qué somos*’, si hemos reprimido sistemáticamente lo que hemos sido?

Hay un equívoco en la pregunta por *la* identidad, pues supone de antemano que hay algo idéntico y homogéneo cuya consistencia habría que averiguar, cuando lo cierto es que tal consistencia idéntica y única es una ilusión, en parte derivada del uso de la palabra en singular. “La” identidad no es homogénea: esto vale para la identidad personal y con mayor razón para la colectiva, que es plural, diversa y heterónoma: nunca idéntica a sí misma. El uso del singular conlleva el equívoco de la *nación una y homogénea* cuyo sentido es *producir* unidad. El reclamo identitario está imbricado, para bien o para mal, con la demanda nacional y el nacionalismo, sea para conjurar la amenaza de secesión o para producir cohesión, en el caso de las minorías no reconocidas. La afirmación de identidad tiene, en efecto, un alcance estratégico: no se constituyen identidades en pura auto referencia, sino a través de los otros, en el reconocimiento de los otros y en oposición con otros: la afirmación de la identidad es un fenómeno agonístico: se realiza a través de luchas de poder.

“Sigo pensando en lo difícil de teorizar sobre una materia tan escurridiza” escribe Valdivieso. La dificultad radica, desde luego, en que “la” identidad no es algo establecido; se está haciendo y redefiniendo continuamente. La cuestión ‘qué somos’ – o ‘quiénes somos’ –, no admite una sola respuesta, tampoco es del mismo tipo de la que corresponde a un hecho. La pregunta ‘quién es’, cuando alguien golpea a la puerta, pongamos por caso, se puede responder inequívocamente con un: “soy yo”, “Juan” o quien sea; pero la pregunta ‘quién eres, Juan’ o, en este caso, ‘qué somos’, es de otra especie: está asociada a lo que hemos sido y a lo que queremos ser, a lo que se estima que podemos ser y no hemos sido, en fin, a lo que se supone lo más propio o *auténtico* de lo que somos o deberíamos ser. En ninguno de estos casos cabe una sola respuesta; y en todos ellos el reclamo de identidad surge en un espacio litigioso, donde los posibles son múltiples.

Un par de ejemplos pueden ilustrar mejor esto:

1. Cuando Bolívar preguntaba ‘qué somos’, su duda se asociaba estrechamente a esta otra: ¿Seremos república(s) o monarquía(s)? ¿Cuál será la forma de gobierno que más convenga a estos pueblos para salir de esta “especie de infancia” en que nos ha sumido la privación de derechos, la carencia de vida política? La posibilidad de auto gobernarse no era asunto evidente. Los “padres fundadores” estadounidenses contribuyeron a extender la opinión de que la república tenía escasas posibilidades de prosperar en Hispanoamérica. John Adams sostenía que la idea de que gobiernos libres pudieran arraigar entre los americanos del sur era “tan absurda como el tratar de establecer democracias entre las aves, las

bestias y los peces”¹. Jefferson, un poco más generoso, escribió: “nuestros hermanos del sur, analfabetos y pisoteados por los curas, no se encuentran preparados para la Independencia... Si se hallasen de pronto libres del yugo español, caerían en el despotismo militar y se convertirían en los instrumentos asesinos de las ambiciones de sus respectivos Bonapartes”². Decir entonces: “somos republicanos”, significaba afirmar: “*queremos igualdad, queremos gobernarnos*”. Es eso lo que trasuntan las palabras de San Martín, cuando desde su exilio en Francia, señalaba que Chile le había demostrado “que se puede ser republicano hablando la lengua española”, y las de Bolívar cuando afirma en la misma *Carta* citada antes: “Chile puede ser libre”. Son expresiones que prolongan en el plano discursivo, la ruptura con el antiguo régimen y el estatuto colonial; son, sin ironía, el remedio verbal de la ausencia de vida política.

2. En los años previos a la conmemoración del Quinto Centenario, en el marco de lo que en esferas vaticanas se llamó la “reevangelización”, surgió en círculos intelectuales católicos una muy sugerente interpretación de la identidad latinoamericana. Decía poco más o menos lo siguiente: la única síntesis cultural auténtica en el continente se produjo en los inicios, durante los siglos XVI y XVII, y se expresó a través de múltiples formas preescriturales como el teatro, la danza, la pintura, el rito y las fiestas. Esa cultura del barroco mantiene su vigencia en la religiosidad popular, pues el contacto más significativo de las sociedades amerindias con el mundo europeo se produjo a través del mito, del imaginario mítico-religioso. De ello resultó una combinatoria de elementos simbólicos y rituales que se ha llamado “religión sincrética”, y es precisamente la que subsiste en la devoción popular. Los intentos de modernización han resultado infructuosos en sus intentos de recomponer el colectivo, porque han chocado contra esta realidad sustantiva. El funcionalismo sociológico o económico que los inspira, descarta de plano la cuestión de la memoria social, es decir, desconoce el sustrato más profundo de la realidad: el *ethos* cultural, expresado en el sincretismo fundacional del barroco, que pervive en la religiosidad popular.

Así se expresa, a grandes rasgos, el culturalismo católico, la versión renovada del hispanismo y del integrismo, que consigue, por demás, mayor penetración y profundidad que el funcionalismo económico que caracteriza la

¹ Citado por David Bushnell *The Independence of Spanish South America*, en *The Cambridge History of South America*, vol III: *From Independence to c. 1870*. Cambridge University Press, Cambridge p. 168.

² Thomas Jefferson *Writings*, Library of America, Cambridge p. 1408. Carta a Lafayette citada por Anthony Pagden *Spanish Imperialism and the Political imagination*. Yale University Press, New Haven 1990.

doctrina tecno-burocrática elaborada en la CEPAL (Comisión Económica Para América Latina). Ambos representan polos opuestos, en versión progresista y “retro” respectivamente, del latinoamericanismo.

Si la “identidad” es esencialmente heterónoma, nunca idéntica a sí misma, si responde a un proyecto, abierto y múltiple donde cabe una pluralidad de diferencias, el destacar un determinado campo de la cultura – sea político, artístico, religioso u otro –, como *el* rasgo de identidad *auténtica*, tiene un efecto preformativo. Es un acto creador de realidad que tiende a producir una hegemonía o a reforzar una ya existente al interior del campo simbólico; no constata simplemente lo que es. Cuando Valdivieso afirma que la identidad es “materia escurridiza”, entiendo que se refiere a este deslizamiento semántico: la identidad no es idéntica, sino que se trata de *políticas de la identidad*, de estrategias de identificación. El autor agrega, en todo caso, que es beneficioso “escuchar un nuevo sentido de la lectura de su obra y descubrir aspectos” diferentes en ella (p. 156) Si la misma cosa se pone en otro encuadre o se la mira desde otro ángulo, en efecto, es muy probable que resulte algún redoble de significado, un diálogo virtual. Prólogo no significa monólogo.

La idea matriz que recorre este libro es la siguiente: la formación de una sociedad señorial fundada en la dominación de las culturas aborígenes, se perpetuó en la sociedad chilena y se ha traducido en la omisión sistemática de la raíz mestiza de nuestro ser. De allí un falseamiento más o menos constitutivo de la identidad chilena; y también un sentimiento de menoscabo frente a los modelos culturales europeo y norteamericano, nunca satisfactoriamente emulados por los sectores dominantes, empinados en su olímpico desprecio por lo autóctono y su idolátrica imitación de los padrones foráneos. Nuestros grandes poetas escaparon, sin embargo, a esta herencia de la Colonia y hallaron la fuerza de su verbo y su fuente de inspiración más permanente, en la formidable naturaleza americana y en el encuentro con las voces ancestrales de las culturas originarias, nunca del todo extinguidas, y que siguen interpe-lándonos a través del verso y del canto de aquellos vates. (Cap. 1, 2 y 3).

Una afirmación de Neruda podría encabezar estos ensayos. Valdivieso apela a ella en más de una ocasión: “Compañero Alonso de Ercilla: *La Araucana* no solo es un poema, es un camino”, afirma Neruda (en *No somos indios*). Este título responde a lo siguiente: siendo Cónsul en México, Neruda relata el rechazo por parte del Gobierno de Chile de la publicación de una revista llamada Araucanía: “Y llenaba la cubierta la sonrisa más hermosa del mundo: una araucana que mostraba todos sus dientes. Gastando más de lo que podía mandé a Chile por correo aéreo ejemplares separados y certificados al Presidente, al Ministro, al Director Consular, a los que me debían, por lo menos, una felicitación protocolaria. Pasaron las semanas y no había respuesta.